

C E I B A

A SCIENTIFIC JOURNAL ISSUED BY
THE ESCUELA AGRICOLA PANAMERICANA

TEGUCIGALPA, HONDURAS

= OCTOBER 31, 1950

= VOL. 1 - No. 3

H E N R Y P I T T I E R

1857 — 1950

HENRY PITTIER was as well known in Central America and in northern South America, and as highly considered, as any scientist who has ever lived here.

Paul C. Standley, who knew him and his work well, reminisces about Pittier in Costa Rica. Tobías Lasser, Pittier's associate in Venezuela, tells us of Pittier, a man with a dream. Agnes Chase writes about his years in Washington, during which Pittier was as often in tropical America as in Washington. Luis Cruz B. sums up with a phrase the feelings of Pittier's many friends, "Nos llega de Venezuela una noticia penosa": and then continues to write of the man, not a journalist might, but as a friend.—*The Editor*.

HENRI FRANCOIS PITTIER EN COSTA RICA

Paul C. Standley

UNA DOCENA DE AÑOS antes de que finalizara el siglo XIX, impulsado por su característico espíritu de progreso, el gobierno de Costa Rica contrató a varios educadores europeos con el objeto de establecer un moderno sistema educacional. ¿A qué país fué más natural ir en su búsqueda? A Suiza, que desde mucho tiempo atrás ha tenido fama por sus modos científicos de enseñanza. En esta forma fué que llegaron, por aquel entonces, a Costa Rica una pléyade de profesores suizos, los cuales, con el apoyo de ministros tales como Mauro Fernández, Ricardo Jiménez y J. P. Valverde, construyeron rápidamente las bases de una estructura educacional que ha dejado sus huellas en la juventud y la cultura costarricenses, lo que hasta el presente es admirado con justo aprecio por los demás países latinoamericanos.

En pocos lugares de la América Latina es tan bajo el porcentaje de analfabetos y tan grande el mercado de libros, revistas y diarios en proporción al número de habitantes. ¿En qué otros lugares encuéntranse en casitas campesinas situadas en las faldas más remotas de los volcanes libros y periódicos, que no sólo son comprados sino también leídos? La cultura correspondiente a este sistema educativo aportado por esa misión europea se observa en todos los aspectos de la cultura tica.

Entre los suizos que se radicaron en Costa Rica, fué preeminente él, a quien está dedicado este humilde tributo. En el mes de diciembre de 1887 arribó a San José Henri Pittier (quien en los años siguientes se firmó Enrique Pittier y con más frecuencia Henry Pittier), nacido en Bex, cantón de Vaux, Suiza, el 13 de agosto de 1857. Graduado como ingeniero civil en la Universidad de Lausanne, más tarde realizó estudios superiores en la Universidad de Jena, en Alemania. Mantuvo en Costa Rica su residencia hasta 1904, período en que cumplió más que muchos otros en toda una vida. La noticia de su fallecimiento en Venezuela, en los primeros días del presente año, a la edad de 93 y después de 46 años de haber salido de Costa Rica, ha llegado a muchos costarricenses como el renacimiento de una figura legendaria.

Cuando niño, Pittier tenía una sed inagotable para conocer todos los ramos de las ciencias, especialmente las naturales, sed que no estuvo en condiciones de saciar hasta llegado a Costa Rica, país para el cual siempre conservó un afecto sincero tal como lo siente cualquiera de los hijos de esta bella república, Yo, que tuve la buena suerte de verle casi diariamente durante cerca de diez años, lo oí platicar repetidas veces de sus días felices en Costa Rica, no sólo de sus viajes botánicos y etnológicos, sino sobre todo de sus primeros meses en el país, cuando todavía sabía poco español.

En una ocasión subió de caza, con un compañero, a los cerros de Candelaria; en el curso del día el compañero desapareció y entonces Pittier regresó a San José, en donde dió noticias de lo acontecido. Luego se organizó una comisión para la búsqueda en la cual figuraba él. Después de muchas horas de buscar no lograron localizar al extraviado. El tiempo avanzaba y los amigos miraban a Pittier desconfiados y éste se sentía muy inquieto. Al fin, en la lejanía se divisó un jinete que gritaba "apareció-o-o." Entonces, dijo Pittier, no co-



HENRI FRANCOIS PITTIER
1857-1950

nocía esta palabra, pero que nunca podría olvidar su significado. En otra ocasión, en las altas faldas de un volcán, pensó que había encontrado un *Vaccinium*, género muy apetecido en Europa por sus deliciosos frutos. El comió sus bayas dulces y poco tiempo después se sintió envenenado y en agonía regresó a San José, en donde supo que se trataba de frutos de un género parecido (*Pernetia*). Así por golpes llegó a ser botánico práctico y experto en la flora de su país adoptivo.

Cuando Pittier llegó a Costa Rica, en la primavera de su vida, era un hombre alto, fornido, formal, seguro de sí mismo, que no admitía los obstáculos que se le interpusieran en sus investigaciones. Con estas características permaneció hasta terminar su vida. En una ocasión, hace unos treinta años, se sobrepuso a la muerte que le fué dictaminada por unos especialistas médicos, pudiéndose decir que logró enviar coronas a los funerales de todos ellos.

Durante su permanencia en Costa Rica, fué Director del Instituto Físico Geográfico, al cual le estaba confiada la administración de lo que hoy día es el Museo Nacional. Aunque pensemos en él como botánico, que fué el ramo en que más se distinguió, la botánica fué para él sólo una parte de sus actividades. En toda su vida se interesaba por la meteorología, habiéndole dedicado a esta ciencia mucho tiempo en Costa Rica. En ocasiones visitaba las tribus de indígenas, ahora reducidos de tal manera que en las calles de San José un representante de ellos atrae más sorpresa y curiosidad que en las propias calles de Nueva York. Estudió las costumbres de esas gentes y sobre todo sus idiomas, de los cuales publicó varios vocabularios. Preparó y publicó un mapa de Costa Rica, que no tenía rival en Centro América ni en todos los países latinoamericanos.

La flora de Costa Rica, rica y exuberante como pocas del mundo, ofrecía una mina de riquezas nuevas y Pittier, que ya conocía la flora europea, comparativamente pobre, no vaciló en ponerse a catalogar la inagotable abundancia de árboles, helechos, orquídeas y otras plantas de atracción e interés que lo acechaban por todas partes. Por supuesto que Costa Rica en aquella época no era exactamente "terra incognita", pues en 1838 el famoso botánico danés Oersted, a quien habían seguido otros de menos importancia, había descrito las riquezas botánicas de este país, pero lo que habían hecho todos

éstos, a diferencia de Pittier, era sólo cosechar las más obvias de estas plantas exóticas.

Pittier emprendió una exploración, la más intensa entre sus otros quehaceres, de esta vegetación tropical. En sus viajes de toda índole siempre coleccionaba plantas, las que cuando listas, enviaba a Bruselas en donde fueron determinadas por los primeros especialistas. Sus colecciones crecían rápidamente de tal manera que se inició la publicación de una enumeración, desgraciadamente nunca concluida, intitulada "Primitiae Florae Costaricensis." A una parte de esta obra contribuyó un norteamericano, el capitán John Donnell Smith, quien era un colector y un consagrado estudioso de la flora centroamericana, el cual falleció hace dos decenios a la edad de casi cien años. ¡Seguramente, el clima tico no acorta la vida a los botánicos!

En su empresa botánica aprovechaba Pittier la colaboración de varios ayudantes diligentes y devotos, el primero de ellos Adolfo Tonduz, compatriota suyo, quien formó sin duda alguna la mayor parte de las colecciones que constituían el Herbario Nacional de Costa Rica de entonces. Otro colaborador fué Pablo Biolley, también suizo. También de los que engrandecieron el herbario fué Carlos Wercklé, alemán erudito, que al final de su vida desafortunada, conocía la flora costarricense como ningún otro domiciliado en el país. Asimismo contribuyó en esta labor del Herbario Nacional don Anastasio Alfaro, hoy decano de los hombres de ciencia en Costa Rica y el último sobreviviente de ese grupo de hombres tan valiosos.

Cuando Pittier, en 1904, dejó el Herbario Nacional, comprendía más de 18,000 colecciones de plantas, representando unas 5,000 especies de fanerógamas y criptógamas. El herbario por desgracia, principalmente por descuido, cayó en malos días y debido a los insectos y otras plagas que persiguen en los trópicos a las colecciones, perdió gran parte de su valor científico. Lo anterior fué de lamentar debido a que entre las colecciones existía material irreparable en el que reposaban los isotipos de unas centenas de especies nuevas. Afortunadamente los colectores de aquella época habían preservado los respectivos duplicados, los que fueron repartidos entre los grandes herbarios europeos y norteamericanos, donde actualmente están conservados y estimados como monumento

a los trabajos indefatigables de aquéllos que dedicaron tantos años a su recolección.

Pittier apenas hizo publicaciones sobre la flora tropical hasta llegar a Washington, donde pasó la mayor parte de su tiempo entre 1905 y 1919. La más importante de sus obras sobre Costa Rica fué "Plantas Usuales de Costa Rica", dada a la luz en 1908 en Washington. Contiene este tomo un fondo de informes sobre la utilización local de las plantas.

Su exploraciones botánicas centroamericanas de ningún modo se limitaron a Costa Rica, pues después de dejar el servicio en aquel país, hizo investigaciones para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos en Guatemala, El Salvador y Honduras, formando siempre colecciones de herbario para estudios florísticos. Antes de terminar sus trabajos en Centro América, emprendió otro de suma importancia. Poco antes de terminado el canal de Panamá, la Institución Smithsonian de Washington le encargó de una exploración biológica de la mencionada región. Esta investigación era de importancia capital, sobre todo desde el punto de vista zoológico, no tanto del botánico, pues realmente la vegetación no fué afectada sino solamente por las excavaciones y las construcciones que fué necesario hacer. Sin embargo, la flora regional era poco conocida y las exploraciones hechas por Pittier rindieron datos de provecho para la ciencia. Pasó dos años en las investigaciones de la zona y de otras partes de Panamá, incluyendo regiones que eran desconocidas botánicamente. Terminada su labor, se trasladó a Venezuela, donde permaneció unos treinta años y en donde murió.

En Costa Rica como en otros lugares de Centro América, recibió Pittier el sincero reconocimiento y el respeto que tanto mereció por sus múltiples trabajos en esta región diversificada y opulenta en todo lo que respecta a las ciencias naturales. Algunas de éstas, no obstante los numerosos trabajos efectuados hasta el presente, están casi tan inexploradas como el Africa Ecuatorial.

En la ocasión de cumplir sus ochenta años, en agosto de 1937, se organizó en Costa Rica una celebración informal y espontánea. En ésta se le tributaron honores en reconocimiento a sus largos años de dedicación a la vida científica, honores que han recibido pocos hombres de ciencia en las Américas en tales ocasiones. A esta celebración fueron enviados tributos honoríficos desde Europa, en especial de su país natal, de los